

CONFERENCIAS MAGISTRALES
TEMAS DE LA DEMOCRACIA

John Keane

Breve historia del futuro
de las elecciones

27

John Keane

Breve historia del futuro
de las elecciones

John Keane

Breve historia del futuro
de las elecciones

27

Instituto Nacional Electoral

Consejero Presidente

Dr. Lorenzo Córdova Vianello

Consejeras y Consejeros Electorales

Mtra. Norma Irene De la Cruz Magaña

Dr. Uuc-Kib Espadas Ancona

Dra. Adriana Margarita Favela Herrera

Mtro. José Martín Fernando Faz Mora

Dra. Carla Astrid Humphrey Jordan

Dr. Ciro Murayama Rendón

Mtra. Dania Paola Ravel Cuevas

Mtro. Jaime Rivera Velázquez

Dr. José Roberto Ruiz Saldaña

Mtra. Beatriz Claudia Zavala Pérez

Secretario Ejecutivo

Lic. Edmundo Jacobo Molina

Titular del Órgano Interno de Control

Lic. Jesús George Zamora

Director Ejecutivo de Capacitación

Electoral y Educación Cívica

Mtro. Roberto Heycher Cardiel Soto

Breve historia del futuro de las elecciones

John Keane

Traducción

Leticia García Cortés

Primera edición en este formato, 2020

D.R. © 2020, Instituto Nacional Electoral

Viaducto Tlalpan núm. 100, esquina Periférico Sur

Col. Arenal Tepepan, 14610, México, Ciudad de México

ISBN obra completa impresa: 978-607-8711-78-9

ISBN volumen impreso: 978-607-8772-05-6

ISBN obra completa electrónica: 978-607-8772-55-1

ISBN volumen electrónico: 978-607-8772-81-0

El contenido es responsabilidad del autor y no necesariamente representa el punto de vista del INE

Impreso en México/*Printed in Mexico*

Distribución gratuita. Prohibida su venta

Contenido

7 Presentación

Conferencia Magistral

Breve historia del futuro de las elecciones

11 Introducción

17 La ortodoxia: dudas

35 El síndrome de Filipinas

51 Elecciones sin democracia

55 ¿Las elecciones tienen futuro?

59 Contra las elecciones

71 ¿Una renovación de las elecciones generales?

77 La democracia de monitorización

89 Sobre el autor

| **Presentación**

¿El futuro de los sistemas electorales pende de un hilo? Ante la creciente apatía y desilusión por parte de la ciudadanía frente a organizaciones políticas poco empáticas a sus problemas, ¿qué porvenir le espera a la democracia y al subsecuente sistema de elecciones que la respalda? ¿Lo que viene es la anarquía o la creación de nuevas formas de participación? Éstas y otras preguntas se hace el catedrático australiano John Keane en la conferencia magistral, *Breve historia del futuro de las elecciones*, dictada el 12 de junio del 2017 en las instalaciones del Instituto Nacional Electoral.

Para el autor, el actual sistema de elecciones atraviesa por una seria crisis de credibilidad. La idea de representatividad en la que se basa dicho sistema ha sido rebasada por las crisis económicas y la corrupción imperante en las

élites políticas y de poder en muchos lugares del mundo. La ciudadanía ha dejado de confiar en los partidos políticos y éstos han cedido ante las presiones de las élites y ante sus propias aspiraciones.

En ese sentido, *Breve historia del futuro de las elecciones* hace un recorrido histórico, a partir de 1945, a lo largo del desarrollo y decadencia de los sistemas electorales contemporáneos y cómo ello ha derivado en nuevas formas de activismo político. Para Keane, los escenarios posibles son los siguientes: una oposición abierta en contra de las elecciones, una renovación en el sistema de elecciones o una democracia de monitorización que el autor define como un sistema constantemente revisado por organizaciones ajenas al aparato del Estado.

En estos tres escenarios se plantean las diversas problemáticas así como sus posibles soluciones, dibujando con claridad el relieve complejo del fenómeno. El autor se decanta por el último ya que es el único que ofrece medidas realistas para afrontar los problemas actuales de representación en las democracias contemporáneas.

Con la publicación de este título de la colección Conferencias Magistrales, el Instituto se suma al debate acerca de

la crisis de las democracias contemporáneas, incentivando así la sana discusión y la elaboración de propuestas que abonen al desarrollo de los regímenes democráticos.

Instituto Nacional Electoral

| **Introducción***

Vivimos una época en la que estamos totalmente convencidos de que unas elecciones nacionales periódicas, “libres y justas” son la esencia de la democracia. Esta convicción se encuentra profundamente arraigada y tiene una importante historia. En 1945 sólo quedaban una docena de democracias representativas en el planeta. Desde entonces, en cerca de 90 países se ha llegado a considerar que las elecciones nacionales son la mejor manera de formar buenos gobiernos y, en ocasiones, casi como un aspecto “atemporal” y no negociable de la buena vida política. Es bien sabido que el artículo 21 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, adoptada en diciembre de 1948, estableció este parámetro. Después de señalar que “Toda persona tiene derecho a participar en el gobierno,

* Título original: *Short History of the Future of the Elections*, traducción de Leticia García Cortés.

directamente o por medio de representantes libremente escogidos”, el artículo señala el principio fundamental del autogobierno: “La voluntad del pueblo es la base de la autoridad del poder público; esta voluntad se expresará mediante elecciones auténticas que habrán de celebrarse periódicamente, por sufragio universal e igual y por voto secreto u otro procedimiento equivalente que garantice la libertad del voto”.

La forma de pensar sintetizada en estas palabras ha sido la ortodoxia global durante algún tiempo: se supone que el momento cumbre de la democracia son las elecciones generales “libres y justas” basadas en el sufragio universal de los ciudadanos que viven dentro de un estado territorial común. Una simple mirada a la historia de la democracia representativa muestra que la ortodoxia está determinada por el tiempo y el espacio. En ningún sentido es “natural” ni una “ley irrefutable” de la vida política,¹ es producto de la interacción de una variedad de fuerzas locales y globales. Lo más obvio es que la ortodoxia obtiene su fuerza de los votantes que exigen elecciones libres y justas,

¹ Véase mi análisis de los extraños y disparatados orígenes de las palabras *ballot*, *poll*, *vote*, *elector* y otros términos relacionados en la introducción a mi libro *The Life and Death of Democracy*, Londres y Nueva York, W.W. Norton & Co., 2009.

participan voluntariamente en las elecciones nacionales con mucho que decir sobre por quién van a votar y por qué o (cuando no se trata de una votación obligatoria) se niegan apasionadamente a emitir su voto. La ortodoxia también se nutre de las clases políticas estatales que operan a través de los partidos políticos, legislaturas, organizaciones de cabildeo y gobiernos involucrados. Se alimenta de las elecciones nacionales periódicas, son su fuente de ingresos y le dan una legitimidad popular que le permite acceder a la administración gubernamental. La ortodoxia también tiene otros apoyos como los reporteros internacionales y los periodistas que revolotean como mariposas de una elección general a la siguiente y en el camino van difundiendo, con titulares anunciados como “noticias de última hora”, la impresión entre sus públicos multimedia de que las elecciones generales son el alfa y la omega, el momento crucial de la democracia. Así mismo, las agencias de encuestas de opinión refuerzan la ortodoxia. Su trabajo para medir las actitudes y opiniones de los votantes mediante algoritmos sofisticados se ha convertido en un negocio bastante redituable. No se deben menospreciar los grupos de poder y de conocimiento creados y sostenidos durante la generación pasada por científicos políticos, agencias de obtención de fondos para la investigación, especialistas y monitores de las elecciones; todos ellos tienen un interés

específico en mantener viva la perspectiva ortodoxa de que las elecciones nacionales, libres y justas son el principio fundamental de la democracia representativa moderna.

Estas diversas fuerzas se robustecen entre sí y tienen efectos considerables. Sin duda han prolongado la esperanza de vida del concepto de democracia representativa del siglo XVIII que la considera una forma innovadora del autogobierno en la que los ciudadanos eligen a sus representantes y a sus parlamentos, mientras que los ejecutivos toman decisiones en su nombre durante algún tiempo, hasta que los ciudadanos confirman su derecho de reelegirlos o de echarlos de la oficina en medio de una lluvia de insultos y de balas electrónicas y de papel.² Cabe señalar que estas mismas fuerzas tienen a la vez efectos silenciadores: la ortodoxia por lo general no dice nada sobre el aspecto oscuro de las inminentes elecciones durante el periodo posterior a 1945 (piensen por un momento en la relación entre “elecciones libres y justas” y el bombardeo atómico de Japón) y dice poco o nada sobre el ampliamente conocido fracaso de las elecciones libres y justas que

² Sonia Alonso, John Keane y Wolfgang Merkel (eds.), *The Future of Representative Democracy*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2011.

se arraigaron en el terreno nacional desde 1945.³ La mayor parte de la población del mundo vive actualmente bajo políticas en las que no hay elecciones “libres y justas”, no obstante, el fracaso por lo general se atribuye a las condiciones “retrógradas” o “deficientes” prevalecientes en el país en cuestión o no se dice nada al respecto. Lo anterior a pesar de que el *fracaso* electoral con mayores consecuencias de la generación pasada –las fallidas elecciones de 1947-1948 en la República de China, que era en ese momento el mayor experimento de democracia electoral del mundo–, contribuyó a preparar el camino después de 1949 hacia un Estado de un solo partido con fuerza internacional que se ha caracterizado, hasta nuestros días, por *rehusarse* activamente a sostener elecciones generales. El silencio sobre los fracasos electorales en China, el nuevo integrante internacional que está definiendo el curso del siglo XXI, es especialmente significativo. Sugiere que la ortodoxia alberga secretamente un dogma que no ha sido explicado: la silenciosa suposición de que la historia está del lado de las elecciones generales, teleología que a su vez alimenta la poderosa convicción de que la democracia se puede reducir esencialmente a las elecciones,

³ Pippa Norris, *Why elections fail*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2015.

de manera tal que el país en el que no hay elecciones libres y justas será calificado muy bajo por las mediciones de la democracia, las evaluaciones de libertad y las agencias de monitoreo de elecciones, quizá incluso sea señalado por las sanciones económicas del Fondo Monetario Internacional o por la intervención militar conducida por los Estados Unidos, como sucedió durante la década pasada en Irak y Afganistán, donde la representación de unas elecciones generales se consideró (resultó desastroso) un primer paso en el camino hacia la democracia.

| **La ortodoxia: dudas**

Éste es el consenso después de 1945. El mundo continúa encantado, no obstante hay señales de que la ortodoxia reinante se comienza a derrumbar. No todo está bien en la casa de las elecciones nacionales. Su certeza, sólida como piedra, se empieza a derrumbar. Crecen las dudas en cuanto a la importancia, legitimidad y eficacia fundamentales de las elecciones generales. Se plantean preguntas sobre por qué se dan por sentadas y por qué se encuentran en el centro de los hábitos políticos comunes. ¿Por qué es así?

Existen en contra de largo plazo diversas presiones que se puede decir que están mermando la idea lógica de que las elecciones periódicas son el mecanismo conductor central de los estados democráticos. La tendencia más obvia es el *desencanto [Entzauberung] de las elecciones*. Al analizar la historia de las elecciones modernas e ir hasta el siglo XVIII,

resulta difícil recapturar la sangre, el sudor y las lágrimas que se invirtieron en las luchas históricas de vida o muerte en aras de “una persona, un voto”. El sufragio universal fue el gran animador de los principios de la política democrática moderna. Los libros de análisis hicieron un estudio detallado del camino parlamentario hacia la democracia, como Eduard Bernstein durante las controversias originadas por las elecciones estatales en Prusia en 1893, al criticar enardecidamente a August Bebel y otros defensores de la estrategia revolucionaria del *attentisme*, el retiro al aislamiento político mientras se espera que el orden capitalista colapse.⁴ En su honor se escribieron apasionados tratados y emocionantes poemas (piensen en “El día de las elecciones, noviembre de 1884” de Walt Whitman). El sufragio universal dio lugar a grandes expectativas de un gobierno factible y no corrupto, igualdad política, dignidad social e incluso la armonía colectiva de una sociedad sin clases.⁵ Muriel Matters, Emily Pankhurst y otros sufragistas se encontraban entre quienes predijeron que sería el final

⁴ Eduard Bernstein, *Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie*, J.H.W. Dietz Nacht (ed.), Stuttgart, 1899 [*Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, México, Siglo XXI Editores, 1980].

⁵ Las luchas francesas del siglo XIX por el derecho al voto universal y su fantasma de una sociedad sin divisiones son analizadas por Pierre Rosanvallon, “La república del sufragio universal”, en *Democracy Past and Future*, Nueva York, Columbia University Press, 2006, pp. 98-114.

del militarismo. “La boleta electoral es a la democracia lo mismo que la bayoneta al despotismo”, escribió el editor socialista y activista estadounidense Walter Thomas Mills. “El gobierno de la mayoría es el único método racional de administrar los asuntos de un Estado libre. El sufragio debe ser universal. Debe darse en términos iguales a todos quienes comparten las ventajas y llevan la responsabilidad de vivir dentro de las fronteras de un estado”.⁶

La percepción radical del sufragio universal con frecuencia parecía utópica, no obstante, sus seguidores pensaban lo contrario. Para ellos, el escándalo que despertaba confirmaba su relevancia práctica. Andrew White, rector de la Universidad Cornell en el siglo XIX, advertía que la mayoría de los votantes potenciales “no mostraban ninguna inquietud ni ante sus intereses más directos” y que el sufragio universal entregaría el poder a “una multitud de campesinos iletrados, a personas recién sacadas de los pantanos irlandeses, las minas bohemias o los nidos de ladrones italianos”.⁷ Charles Francis Adams hijo, nieto de John Quincy Adams y bisnieto de John Adams,

⁶ Walter Thomas Mills, *Democracy or Despotism*, Berkeley, The International School of Social Economy, 1916, p. 61.

⁷ Citado en Terry Golway, *Machine Made: Tammany Hall and the Creation of Modern American Politics*, Nueva York, Liveright Publishing Corporation, 2014, p. 106.

extendió el uso del lenguaje de la hostilidad hacia los extranjeros, las mujeres, la clase baja y las *razas inferiores* al advertir que en el contexto estadounidense “el sufragio universal sólo puede ser el reflejo, en palabras llanas, de un gobierno de ignorancia y corrupción, un proletariado europeo, especialmente celta, en la costa del Atlántico; uno africano en las playas del Golfo y uno chino en el Pacífico”.⁸ Del otro lado del Atlántico, se hablaba mucho de la insistencia de Henry Sumner Maine en que el principio de una persona, un voto, era, en la práctica, una carga para el progreso moderno. Escribió: “El sufragio universal seguramente habría prohibido las máquinas hiladoras, tejedoras y desgranadoras. Habría evitado la adopción del calendario gregoriano y habría regresado a los Estuardo”.⁹

En el transcurso de los siglos XIX y XX, según sabemos, este tipo de lenguaje hostil, casi histérico, desapareció de la vida política. La oposición virulenta al sufragio universal se dispersó políticamente y fue derrotada. Con algunas importantes excepciones contemporáneas (China, Brunéi, Arabia Saudita, Emiratos Árabes Unidos, Omán, el Vaticano) la aceptación y enaltecimiento universales del principio de una persona, un voto, se volvieron realidad. La omnocracia,

⁸ Alexander Keyssar, *The Right to Vote: The Contested History of Democracy in the United States*, Nueva York, Basic Books, 2001, p. 98.

⁹ Henry Sumner Maine, *Popular Government*, Londres, John Murray, 1886.

el gobierno de todos los que viven y votan dentro de los límites de un estado territorial, se convirtió en la norma aceptable y muy apreciada. Sin embargo, el cambio era también una quimera. En términos históricos, la gran victoria democrática del sufragio universal ha demostrado ser un arma de dos filos. En retrospectiva, vemos claramente que entre sus consecuencias no previstas está la dispersión de la energía, propósitos y poética que alimentaron las luchas históricas posteriores a 1789 a favor de “una persona, un voto”. En ocasiones, las elecciones aún vienen envueltas de entusiasmo público, pero la euforia actualmente se mezcla con reclamos de los votantes, desilusión, falta cínica de afecto y una franca hostilidad hacia la costosa y torpe maquinaria de las elecciones. La llegada del sufragio universal ha traído consigo una sana dosis de realismo a la importancia simbólica de las elecciones y los frutos que pueden dar. En los primeros años posteriores a 1945 había momentos en los que las elecciones parecían venir rodeadas de un aura metafísica o semirreligiosa. En *La jornada de un escrutador* (1963), Italo Calvino habla de unas elecciones a las que un grupo de gente afligida era llamada a testificar contra la ambición de las fuerzas humanas. El acto de votar estaba determinado por la oración, un ritual o cierta forma de rito religioso centrado en la aceptación de la pequeñez humana, se agregaba la anulación propia a una suma en la que todas las pérdidas eran neutralizadas

y se aceptaba un final desconocido.¹⁰ Comparen la solemnidad de las elecciones en la Italia posfascista del relato de Calvino con la descripción de José Saramago, carente de cualquier tinte de santidad y apegada a la realidad, un caso extremo del espíritu debilitado de las elecciones: un asoleado día de elecciones en el que una gran mayoría (83%) de votantes se niega a ir a las casillas de votación sino hasta entrada la tarde para emitir una boleta en blanco en una protesta silenciosa en contra de unas votaciones percibidas como totalmente carentes de valor. La decisión de la mayoría de ejercer su simple derecho a no seguir ninguna opinión establecida por consenso ocasiona ataques oficiales. Un funcionario de casilla llama a esta ausencia electoral “una profunda carga lanzada contra el sistema”. El gobierno entra en pánico. Con la denuncia de un lanzamiento total de boletas en blanco, se advierte que el país se encuentra ante una amenaza terrorista. Se declara un estado de emergencia: la policía secreta entra en acción; comienza la inspección de los domicilios; surgen tensiones, explotan bombas, se mata gente y así se permite que lo que fue una democracia descienda hasta la más profunda oscuridad.¹¹

¹⁰ Italo Calvino, *La jornada de un escrutador*, Madrid, Siruela (Biblioteca Calvino), núm. 8, 2012.

¹¹ José Saramago, *Ensayo sobre la lucidez*, México, Alfaguara, 2004.

La débil aura de la creencia ortodoxa en las elecciones como eje de la democracia se ve reforzada por un desafío más: el sentimiento de que los ciudadanos pueden actuar de manera más efectiva fuera y más allá de las elecciones y los ciclos electorales tan elogiados por los tratados publicados sobre la democracia representativa. La dinámica hace surgir nuevas preguntas: ahora que el principio del sufragio universal (¿quién tiene derecho al voto?) se ha vuelto un asunto más o menos establecido, ¿es posible simplemente que un desafío político fundamental que enfrentan las así llamadas democracias sea justo *donde* la gente puede votar? ¿La nueva medida de la democracia puede ser el número de lugares distintos en los que la gente puede decidir cosas ejerciendo su voto directamente o a través de sus representantes?¹²

Estas preguntas han cobrado vigencia a través de la *redistribución de las pasiones políticas* a zonas de poder fuera del alcance de los partidos y los parlamentos, así como de los ritmos de los ciclos electorales nacionales. La marginación de las minorías que se niegan al principio del “gobierno de la mayoría” de la democracia electoral (el movimiento de los derechos civiles en los Estados Unidos

¹² Norberto Bobbio, *Which Socialism: marxism, socialism, and democracy*, Cambridge, Polity Press, 1987, p. 114.

lanzó los primeros disparos al comenzar la década de los años cincuenta) es sólo uno de los diversos motores dentro de una mucho más amplia, pero aún sin terminar, *transformación de la ecología de la representación democrática*. El rápido crecimiento del escrutinio público y de los cuerpos verificadores del poder es un aspecto impactante del escenario político posterior a 1945. Una gran cantidad de mecanismos de monitoreo o “parlamentos de cosas” que operan más allá de los límites de las elecciones principales, está transformando la arquitectura del autogobierno. Ya pasaron los días en los que se podía describir a la democracia (e inmediatamente después atacarla) como el “gobierno de la voluntad irrestricta de la mayoría” (Von Hayek¹³). La democracia está llegando a significar mucho más que unas elecciones generales libres y justas, aunque nada menos. Los principios de la credibilidad democrática y la participación pública se aplican a un amplio rango de parámetros; existe una creciente conciencia de que “los parlamentos sólo son unas cuantas maquinarias de representación entre muchas otras y no necesariamente las más relevantes o las mejor equipadas”.¹⁴ Nació la

¹³ Friedrich Von Hayek, *Law, Legislation and Liberty: The Political Order of a Free People*, Londres y Henley, Routledge & Kegan Paul, 1979, p. 39.

¹⁴ Bruno Latour, “From Realpolitik to Dingpolitik; or How to Make Things Public”, en Bruno Latour y Peter Weibel (eds.), en *Making Things Public: Atmospheres of Democracy*, Cambridge, Mass., y Londres, MIT Press, 2005, p. 31.

época de la *democracia monitorizada*.¹⁵ Como consecuencia, el encanto de las elecciones, los partidos políticos y los parlamentos en la vida de la ciudadanía se están debilitando. Entidades como Human Rights Watch, Greenpeace, Oxfam, Wikileaks y I Paid a Bribe se encuentran entre las innovaciones de escrutinio y restricción del poder que tienden a dar derechos a las voces de más ciudadanos. Lo hacen estableciendo sitios alternativos de autoridad legítima, nuevas formas de representantes no electos con gran habilidad para usar lo que los estadounidenses llaman *bully pulpits* (púlpitos magníficos). El número y rango de las instituciones de monitoreo o “jueces de la tercera parte”¹⁶ crece a tal grado que apunta hacia un mundo futuro en el que la antigua regla de “un voto, una persona, un

¹⁵ Véase John Keane, *The Life and Death of Democracy*, Londres y Nueva York, W.W. Norton & Co., 2009; y *Democracy and Media Decadence*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2013.

¹⁶ Pasquale Pasquino, “Constitutional Adjudication and Democracy. Comparative Perspectives: USA, France, Italy”, en *Ratio Juris*, vol. 11, marzo, 1998, pp. 38-50. Pasquino cita la famosa carta de James Madison a Thomas Jefferson (24 de octubre de 1787): “Sin embargo, sabemos que ninguna sociedad consistió, o puede consistir en una masa tan homogénea de ciudadanos [...] Entonces queda por preguntar si una mayoría con cualquier interés o sentimiento común, con alguna pasión común, encontrará suficientes motivos para contenerse de oprimir a la minoría. A un individuo nunca se le permite ser juez, ni siquiera testigo en su propia causa. Si dos individuos se encuentran en la misma tendencia de interés o enemistad en contra de un tercero, los derechos de este último nunca estarían a salvo con respecto a la mayoría de los tres. ¿Dos mil individuos serían menos aptos para oprimir a mil, o doscientos mil a cien mil?”.

representante"; demanda central de los inicios de la lucha moderna por una democracia representativa, ha sido sustituida por el principio de la democracia monitorizada: "una persona, muchos intereses, muchas voces, muchas fuentes de autoridad, votos múltiples, representantes múltiples".

La marginación y degradación de las elecciones nacionales están estrechamente vinculadas con la inconclusa revolución de las comunicaciones. La *abundancia comunicativa* se está volviendo un hecho de la vida; los votantes, los partidos políticos, parlamentos y elecciones actualmente se ajustan y estructuran a ambientes saturados por los medios. Las políticas electorales principales están adquiriendo una nueva forma determinada por recursos de comunicación que integran texto, sonido e imágenes digitales y de fácil almacenamiento, reproducibles y portátiles. En este mundo de alta presión y de abundancia comunicativa, los partidos políticos y los gobiernos electos funcionan típicamente como máquinas políticas operadas por comunicadores profesionales guiados por sondeos de opinión, encuestas en línea, grupos de trabajo y una serie de procesos algorítmicos de una gran cantidad de datos. Ha bajado el patrocinio de los miembros de los partidos a la vieja usanza; los jefes políticos han sido sustituidos por consultores políticos y analistas de datos; las fuertes lealtades partidarias alimentadas por contactos locales y entrevistas

en persona entre los interesados, candidatos y votantes empiezan a debilitarse. Ya pasaron los tiempos en los que la esencia de la política eran las elecciones periódicas estructuradas por los “jefes políticos” y la “psicotecnia de la administración del partido, anuncios, consignas y canciones con ritmo de marcha”.¹⁷ En lugar de ello, los partidos políticos se han convertido en agentes frenéticos de una “campaña permanente”.¹⁸ El tiempo de libertad entre las elecciones es cosa del pasado. El cabildeo para “ganar” el ciclo de los noticieros mediante un encabezado, anuncios y una intensa y continua lluvia de encuestas cae sobre los votantes (piensen en los primeros trabajos del encuestador Dick Morris para obtener votantes que hicieran cosas tales como ayudar al presidente Bill Clinton a decidir sobre sus vacaciones). Todo asunto político se trata como un problema de relaciones públicas; todos los opositores electorales (como dicen los políticos estadounidenses) son víctimas potenciales de la táctica del engaño de constantes escándalos mediáticos.

Este cambio hacia la “psefocracia” (Ashis Nandy), política saturada por los medios, dominada por los actos y dramas

¹⁷ Joseph Schumpeter, *Capitalism, Socialism, and Democracy*, Nueva York y Londres, Harper & Brothers, 1942, p. 283.

¹⁸ Sidney Blumenthal, *The Permanent Campaign*, Boston, Beacon Press, 1980.

de la elección, prueba ser un arma de dos filos para la ortodoxia reinante. La psefocracia da muchos dolores de estómago. La abundancia comunicativa alimenta el creciente desencanto de los ciudadanos con los partidos convencionales que pretenden ofrecer soluciones a todo y a quienes se acusa de no brindar beneficios a la totalidad de los votantes. Se generaliza el enojo público, los índices de votantes indecisos y la resistencia política.¹⁹ Hay contextos en los que los partidos políticos parecen estar extrañamente empeñados en inhabilitarse mediante estrategias destructoras. En algunos casos, consideran la votación una pérdida de tiempo, dinero y energía; en otros se trata a las elecciones como momentos para la revancha de los ciudadanos enojados. En los medios abundan los aforismos y chistes sobre políticos, partidos y parlamentos. Se dice que durante las campañas de elecciones el aire se llena de discursos que van y vienen. Otros dicen que las elecciones son acontecimientos políticos en los que la gente se entera de qué defienden los políticos y los políticos se enteran de qué ideas se cree la gente. Hay otros más que preguntan si la única razón por la que tenemos elecciones es para descubrir si las encuestas fueron acertadas.

¹⁹ Peter Mair, *Ruling the Void: The Hollowing of Western Democracy*, Londres y Nueva York, Verso, 2013.

Los más maliciosos agregan: si los dioses hubieran querido que la gente votara, nos habrían dado candidatos.

Bajo condiciones de abundancia comunicativa, es más fácil y más frecuente la organización de *rebeliones electorales*. En estas circunstancias crece el apoyo a los partidos populistas por parte de los ciudadanos desencantados. Con el estilo de una política de malos modales, dirigiéndose “al pueblo”, los populistas y sus partidos usan las elecciones para acumular desprecio por unas elecciones “amañadas” y sobre las que se dice que están dominadas por el “sistema político”.²⁰ El apoyo público se fortalece también para nuevas iniciativas cívicas y otros experimentos, por ejemplo, las redes sociales “antipolíticas” de acción directa que conocen las artes de los chistes situacionistas, el *détournement*, y las representaciones de acontecimientos mediáticos globales.²¹ La dramática *ocupación de plazas públicas, edificios y parlamentos por parte de los ciudadanos* en los años recientes cabe en este patrón de política

²⁰ Simon Tormey, *The End of Representative Politics*, Cambridge, Polity Press, 2015; Lance Bennet y Alexandra Segerberg, *The Logic of Connective Action: Digital media and the personalization of contentious politics*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2013; Benjamin Moffitt, *The Global Rise of Populism: Performance, Political Style, and Representation*, Stanford, Stanford University Press, 2016.

²¹ John Keane, “War Comes Home”, en *The Conversation*, 15 de noviembre de 2015, en <http://theconversation.com/war-comes-home-50715>

extraparlamentaria. Desde la avenida Habib Bourguiba y la Plaza Tahrir, hasta la Puerta del Sol, Stuttgart, Wall Street, Bungehuis en Ámsterdam, Taipéi y Hong Kong, las iniciativas de los ciudadanos van *en contra* de las elecciones, los partidos políticos y parlamentos, así como de la parafernalia completa de la democracia electoral.

La interesante forma antielectoral de estas ocupaciones merece un análisis más profundo. Estas asambleas públicas no tienen nostalgia de la era de oro de la democracia de las asambleas clásicas atenienses, ni de una época de democracia representativa. No son expresiones directas de "la voluntad de la gente"; no deben verse como precursoras de un modelo nuevo de democracia "real", "directa", "participativa", "de bases populares", "profunda" ni "deliberativa". Las nuevas asambleas públicas no anhelan una democracia representativa "purificada" basada en elecciones "libres y justas". En realidad son ejemplos de *democracia de monitorización* en acción. Estas asambleas funcionan como un sintagma público, nuevas mezclas creativas de ciertas tácticas democráticas antiguas, una innovación democrática que combina la vigilancia de la paz, la asistencia militante, la demostración pública, el mitin sindical, la charla y la convención constitucional. Estas ocupaciones se dan en espacios públicos múltiples en los que los ciudadanos indignados, "molestos", se reúnen de

manera solidaria para expresar sus enojos privados en la compañía tranquilizadora de otros diversos, de todo tipo. Son espacios públicos donde se confirma el principio de igualdad política y social; donde se escuchan diversas voces, sobre temas distintos; sitios en los que se reclama la dignidad de los ciudadanos más allá de la política electoral.²² Las ocupaciones públicas son una forma de "política prefigurativa" en la que se imaginan futuros frescos y a las generaciones por nacer se les otorga una voz, lugares en los que los ciudadanos advierten que si no se les da una alternativa, se verán forzados a sufrir la perturbadora insatisfacción y las agobiantes injusticias del presente. Estas asambleas armadas por ellos mismos, son también estudios de transmisión multimedia. Más allá de los confines de las elecciones y de los ciclos electorales, son llamados a otros ciudadanos de una ciudad, un país o una región más allá de sus fronteras. En ocasiones son llamados públicos al mundo entero, a los ciudadanos de todas partes, para hacerles notar lo que está sucediendo en su país, para comprender cómo y por qué su vida y su sustento están siendo dañados por un poder arbitrario. Estos espacios públicos funcionan como puestos de vigilancia, estaciones de monitoreo oportuno, recordatorios

²² David Graeber, *The Democracy Project: A History, a Crisis, a Movement*, Nueva York, Spiegel & Graw, 2013.

de cuán fácil se destruye la democracia cuando se ejerce el poder de manera arbitraria por parte de fuerzas tales como las empresas globales y los consorcios de estados que no obedecen a mayorías ni a elecciones ni a resultados de elecciones.

Las ocupaciones públicas son ejemplos de cómo la vida pública en la mayoría de las democracias parlamentarias ahora está siendo presionada por *las políticas de música ruidosa*, formas del siglo XXI de las primeras protestas modernas de los marginados y excluidos. Alguna vez, cuando el grueso de las poblaciones de Europa y otros lugares no gozaban del derecho a voto, los pobres y quienes no tenían poder expresaban su indignación a través de rituales, rebeldía y revueltas. Las armas de los débiles eran ruidos estruendosos y molestos, carcajadas sin compasión y gestos obscenos. En Francia estas prácticas eran llamadas *charivari* (los italianos hablaban de *scampanate*; los alemanes de *Katzenmusik*), mientras que a finales del siglo XVIII las protestas en Bretaña desfilaban con nombres tan extrañamente obsoletos como *shallals*, *riding the stang* y *skimmingtons*,²³ escandalosos desfiles que expresaban reprobación moral y mostraban efigies de representantes

²³ Vocablos antiguos que hacen referencia a formas de castigo en las que se exhibía a los culpables paseándolos, a manera de procesión, ante el pueblo. [N. de la T.]

de las víctimas.²⁴ La política de música ruidosa de nuestros tiempos, de igual manera, se desarrolla alternativamente a la política electoral. Llega a manera de protesta por parte de los excluidos en contra de su exclusión de la política parlamentaria e, igual que en el siglo XVIII, esta política de música ruidosa adquiere fuerza por la aguda sensación de que las elecciones ya no tienen ninguna forma efectiva ni significativa de determinar de manera justa quién obtiene qué, cuándo y cómo.

²⁴ E. P. Thompson, "Rough Music Reconsidered", en *Folklore*, vol. 103 (1), 1992, pp. 3-26.

| El síndrome de Filipinas

Varias democracias adoptan su forma a partir de una tendencia extrañamente contradictoria descrita originalmente por Benedict Anderson en sus textos sobre las elecciones en el sureste de Asia. Podríamos llamarlo el *síndrome de Filipinas*: elecciones rodeadas de una intensa cobertura mediática y gran entusiasmo público cuyos robustos índices de votación llegan mezclados con la amarga desilusión y el desánimo públicos producidos por el hecho de que la ciudadanía se da cuenta de que las elecciones trabajan de manera crónica a favor de los ricos y poderosos.²⁵

Este síndrome tiene múltiples síntomas que ahora carcomen la ortodoxia vigente de las elecciones. En todas las democracias electorales crecen las quejas de que las

²⁵ Benedict Anderson, "Election and Participation in Three Southeast Asian Countries", en R.H. Taylor (ed.), *The Politics of Elections in Southeast Asia*, Washington, D.C., Woodrow Wilson Center Press y Cambridge University Press, 1996; y "Cacique Democracy in the Philippines: Origins and Dreams", en *New Left Review* 1/169, mayo-junio, 1988.

elecciones y los gobiernos electos han sido corrompidos por *grandes capitales*. Estados Unidos es el caso del que más se ha hablado por razones preocupantes.²⁶ De acuerdo a las reglas autorizadas por la decisión de Citizens United de la Suprema Corte en 2010, y apoyado por una decisión del tribunal de apelaciones más adelante ese mismo año, *SpeechNow.org versus Federal Election Commission*, donadores como Alice Walton, Sheldon Adelson y los hermanos Koch son ahora los guardianes de la política de alto nivel. Los límites de los fondos corporativos para las elecciones desde los tiempos de Theodore Roosevelt, en 1907, han sido abolidos. Los oligarcas ricos, muchos defensores de la "austeridad", aportan cantidades ilimitadas a los Súper PAC [Political Action Committee] que ostentan nombres como Wisconsin Club for Growth and Priorities USA, supuestos comités independientes de acción política y que en realidad funcionan como partidos políticos propios. El proceso completo de la "política de fondos empleados con fines ilegales" (Bill Allison de la Fundación Sunlight) está corrompiendo profundamente la esencia y la sustancia de las elecciones. Los multimillonarios distorsionan las competencias por las candidaturas; confunden a los candidatos al hacerlos pensar que son más populares de lo que en realidad son y con

²⁶ Robert G. Kaiser, *So Damn Much Money: the Triumph of Lobbying and the Corrosion of American Government*, Nueva York, Vintage Books, 2010; Elizabeth Drew, "How Money Runs Our Politics", en *The New York Review of Books*, 4 de junio de 2015, pp. 22-26.

frecuencia prolongan la vida política de otros que no son populares. Por ley, se supone que no debería haber “discusiones importantes” entre multimillonarios y los candidatos que apoyan; no obstante, la frase nunca ha sido aclarada legalmente y rara vez se aplica. Los multimillonarios disfrutan las relaciones cercanas de trabajo con los candidatos de su preferencia, determinan las agendas políticas, trabajan a través de organizaciones que “funcionan exclusivamente para promover el bienestar social” y bajo un código de impuestos, así mantienen en secreto sus enormes donaciones. Todo el proceso de donaciones de “dinero sucio” es intensamente partisano e inquebrantable como roca, al menos por el momento. Los involucrados que han triunfado a través de la política de grandes capitales se rehúsan a considerar otras alternativas. Los candidatos que compiten juran que necesitan a sus multimillonarios favoritos. Y todo el sistema financiero de campaña está protegido por la ley y la correspondiente suposición de que gastar dinero para influir en las elecciones es una forma de “libertad de discurso” protegida constitucionalmente.

Las elecciones generales se ven aún más afectadas por el *cabildeo organizado*.²⁷ En la actualidad, prácticamente

²⁷ La siguiente sección resume mi análisis más largo sobre el cabildeo contenido en *Democracy and Media Decadence*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2013.

cada gobierno elegido democráticamente hace pensar en un panal de abejas donde los cabilderos están absolutamente dedicados a vincular los intereses externos con quienes diseñan la política por parte del gobierno. El término abarca varios tipos de apoyo, desde consultas informales abiertas entre legisladores y pequeñas asociaciones sin fines de lucro, hasta vínculos vagos pero bien organizados entre reguladores y enormes empresas globales. En Bruselas trabajan actualmente alrededor de 15 mil asociaciones comerciales, consultores, organizaciones no gubernamentales sin fines de lucro, organizaciones internacionales, grupos de trabajo, organizaciones regionales y otras agrupaciones de cabildeo que pretenden moldear las legislaciones y reglamentaciones de la Unión Europea. Por otra parte, en Washington, D.C. aproximadamente 90 mil cabilderos ejercen su oficio dentro de un terreno dominado por grandes firmas de cabildeo tales como Hill y Knowlton, Duberstein Group y Patton Boggs.

Quienes apoyan esta tendencia no parecen estar preocupados. "La práctica del cabildeo para influir en las decisiones políticas es una parte legítima y necesaria del proceso democrático", señala un informe parlamentario citado con mucha frecuencia. "Los individuos y las organizaciones conscientemente quieren influir en las decisiones que los pueden afectar tanto a ellos como a quienes los rodean, así

como a su ambiente. El gobierno a su vez necesita tener acceso a la información y las opiniones que el cabildeo les puede proporcionar”.²⁸ Visto de esta manera, siguiendo el símil del panal, los cabilderos son polinizadores y fabricantes de miel indispensables, abastecen de información a quienes diseñan la política por parte del gobierno y que de otra suerte no conocerían las necesidades de los accionistas. Los cabilderos alinean los nidos y refuerzan las paredes del gobierno democrático con propóleo. El cabildeo es una fuente de contribuciones a la campaña. Da trabajo a los funcionarios elegidos salientes y a sus equipos; así mismo, enriquece el proceso legislativo al proporcionarle experiencia externa con un “subsidio legislativo”.²⁹

Se aceptan estos argumentos. El cabildeo no sólo significa sobornos. Sí existen cabilderos que luchan por proteger a los débiles, que refuerzan la importancia de seguir

²⁸ House of Commons Public Administration Select Committee, “Lobbying: Access and influence in WhiteHall”, HC 36-1| Londres, 5 de enero de 2009, p. 9, se puede consultar en: <http://www.publications.parliament.uk/pa/cm200809/cmselect/cmpubadm/36/36i.pdf>

²⁹ Richard L. Hall y Alan V. Deardorff, “Lobbying as Legislative Subsidy”, en *American Political Science Review*, núm. 100, 2006, pp. 69-84, en donde se describe al cabildeo “no como un intercambio (compra de votos) o convencimiento (señalamiento informativo) sino como una forma de subsidio legislativo —una subvención de información sobre políticas, inteligencia política y trabajo legislativo a las empresas de legisladores estratégicamente seleccionados”.

principios tales como evitar las mentiras, la información incorrecta y las promesas exageradas; escuchar y trabajar con quienes diseñan la política y hacerles llegar propuestas claras y bien pensadas.³⁰ Sin embargo, principalmente cuando se recurre a los grandes capitales, el cabildeo (extendiendo el símil del panal) introduce toxinas venenosas, enfermedades extrañas y desorden colonial en los nidos principales del gobierno electo. Al reforzar la organizada mano del rico, se distorsionan los resultados electorales. El trabajo de los cabilderos, miembros de los ajetrechos panales del poder gubernamental, es, en pocas palabras, establecer agendas políticas principalmente mediante el convencimiento o la disuasión de los legisladores o reguladores de adoptar alguna acción específica, en particular cuando los temas son importantes y mucho está en juego en términos de poder. Los cabilderos por lo general gastan su dinero, tiempo y energía en una diversidad de tácticas que dividen en dos tipos: "del exterior" y "del interior". Mediante lo que se conoce como tácticas de las bases, los cabilderos "del exterior" prestan mucha atención a la formación de una opinión pública mediante campañas perpetuas en los medios en contra de sus opositores,

³⁰ Bruce C. Wolpe y Bertam J. Levine, *Lobbying Congress: How the System Works*, Washington, D.C., Congressional Quarterly, 1996, pp. 13-19.

a menudo a través de desinformación provocadora.³¹ Por otro lado, el cabildeo convencional “del interior” se concentra en golpear los nexos cercanos a quienes diseñan la política dentro y en torno a los círculos gubernamentales oficiales. El nombre del juego es “influencia”, y se juega, por ejemplo, reforzando contactos personales y relaciones de trabajo amigables con funcionarios del gobierno con el objeto de promover, modificar o bloquear alguna legislación. Dejando a un lado las elecciones, los cabilderos organizan donativos a campañas, cenas fastuosas, palcos corporativos, vacaciones pagadas y oportunidades en los medios. Operan una “economía del regalo” intensiva en los medios mediante relaciones de influencia alimentadas por el flujo del efectivo. Dentro y en torno a instituciones gubernamentales, el propósito fundamental del cabildeo es asegurar o reforzar el poder de ciertos intereses en contra de otros, colocando intereses en potencial oposición y conflicto; se hace construyendo relaciones, independientemente del resultado de las elecciones y de la composición del gobierno existente.

Otra tendencia igualmente peligrosa es la *marginación de las elecciones* mediante la subcontratación de funciones

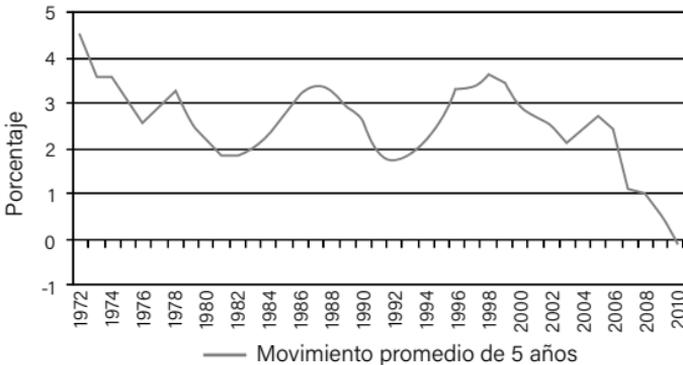
³¹ Ken Kollman, *Outside Lobbying: Public Opinion and Interest Group Strategies*, Princeton, Princeton University Press, 1998.

del Estado con arreglos sombríos de “gobierno”, tales como la manufactura y comercio global de armas.³² Los llamados mecanismos de “gobierno” en realidad lo que hacen es volver obsoletas a las elecciones. Típicamente se presentan disfrazados de cadenas de poder internacionales, instituciones colaterales poderosas que incluyen complejos militares-industriales, grandes empresas, bancos e instituciones de crédito, cuyas formas de operar hacen a un lado a las elecciones y las debilitan llevándolas a una vorágine producida por las economías capitalistas contemporáneas.

³² Andrew Feinstein, *The Shadow World: Inside the Global Arms Trade*, Londres, Penguin Books, 2011. Este “mundo del dinero, corrupción, mentira y muerte” se relaciona con los Estados, las Naciones Unidas, grandes empresas registradas y operadores encubiertos de maneras tan complejas e incontables que la mayoría de los analistas no parece saber dónde empezar su investigación, por lo tanto ni se molestan en hacerlo. El comercio sombrío completo está asegurado por hombres de clase media, agentes, *brokers*, cabilderos y las llamadas compensaciones económicas en la toma de decisiones (promesas de los fabricantes de armas de invertir en la economía del país comprador). Se alimenta y se protege en el silencio oculto detrás de la frase “transporte y servicios logísticos” y otros eufemismos. De acuerdo a organismos de monitoreo como Transparencia Internacional, Stockholm International Peace Research Institute y Corruption Watch, la industria representa aproximadamente 40% de la corrupción en todo el comercio internacional. Las ganancias alcanzan millones de millones; las pérdidas se contabilizan en vidas humanas, destrucción física y afectaciones de vida de millones de personas. Se firman anualmente convenios de exportación escondidos por aproximadamente 60 millones de millones de dólares anuales, casi todos (85%) dentro de la jurisdicción de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (Estados Unidos, Rusia, Francia, Reino Unido y China), además de otros dos Estados: Alemania e Italia.

Las disfunciones del mercado se cuentan como la fuerza más poderosa que desestabiliza y mengua la ortodoxia de las “elecciones libres y justas”. Charles Kindleberger, Wolfgang Streeck y otros académicos han destacado que el hecho de que casi se llegara al colapso de los sectores banquero y crediticio en la región del Atlántico en 2008 fue sólo la última de una *larga secuencia de fallas del mercado* que se remontan a mediados de la década de los setenta, cuando comenzó el final de la prosperidad de la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos), posterior a 1945.³³

Índice de crecimiento anual promedio de 20 países de la OCDE, 1972-2010

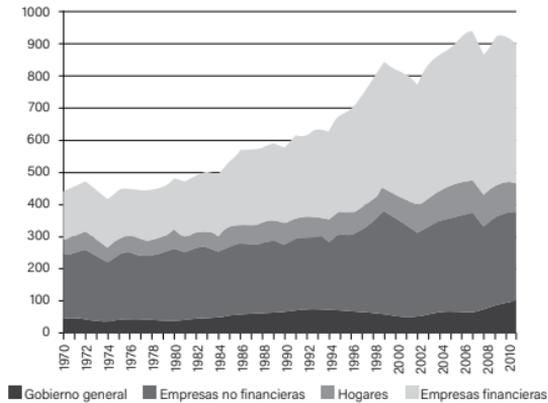


Fuente: Revisión económica de la OCDE: Estadística y proyección.

³³ Charles Kindleberger y Robert Z. Aliber, *Manias, Panics and Crashes: A History of Financial Crisis*; Wolfgang Streeck, *Buying Time: The Delayed Crisis of Democratic Capitalism*, Londres y Nueva York, John Wiley & Sons, 2014.

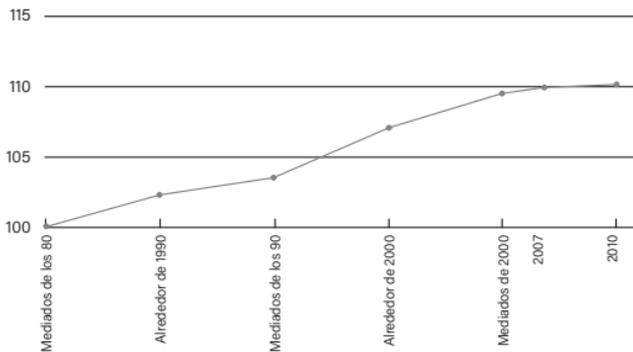
Las crisis subsecuentes han sido más severas; una economía global cada vez más interconectada ha contribuido a difundir sus efectos de una manera más amplia y rápida. La inflación global de la década de los setenta ocasionó que la deuda pública creciera en la de los ochenta, mientras que la consolidación fiscal de los noventa vino acompañada de agudos incrementos en el endeudamiento del sector privado. El desequilibrio, como dicen los economistas, se ha convertido en la condición normal del capitalismo de la OCDE. Si el capitalismo es un orden social y una forma de vida dependiente fundamentalmente de la acumulación privada ininterrumpida de capital, entonces se puede decir que toda democracia electoral está atrapada en tres tendencias de largo plazo muy arraigadas: una caída persistente del índice de crecimiento económico, recientemente agravado por los acontecimientos de 2008; los continuos incrementos en los niveles generales de endeudamiento de los gobiernos, las economías del hogar y las empresas financieras y no financieras; y los marcados incrementos en la desigualdad de los ingresos y la riqueza.

Pasivos como porcentaje del PIB por sector, Estados Unidos, 1970-2011



Fuente: Cuentas nacionales OCDE.

Incremento en el coeficiente de Gini de la desigualdad económica promedio de la OCDE, mediados de los años ochenta = 100



Fuente: Base de datos de la distribución de ingresos de la OCDE.

Durante mucho tiempo se pensó que un crecimiento económico estable, una moneda sólida, cierto nivel de justicia social y la redistribución de algunos frutos del capitalismo entre los ciudadanos sin capital eran condiciones indispensables del “capitalismo democrático”. Ahora que estos frágiles requisitos se han debilitado, o definitivamente no existen, las elecciones pierden su legitimidad pública, especialmente en sitios en los que la población votante, por una razón o por otra, se encuentra hasta abajo de la escala social.³⁴ El resultado ha sido el descontento del “precariado” (Guy Standing), en ocasiones las elecciones los toman en cuenta con una visión propia del siglo XVIII, incluso en las democracias electorales más “avanzadas”, por ejemplo en la que se conoce como la “madre” de la democracia parlamentaria, el Reino Unido.

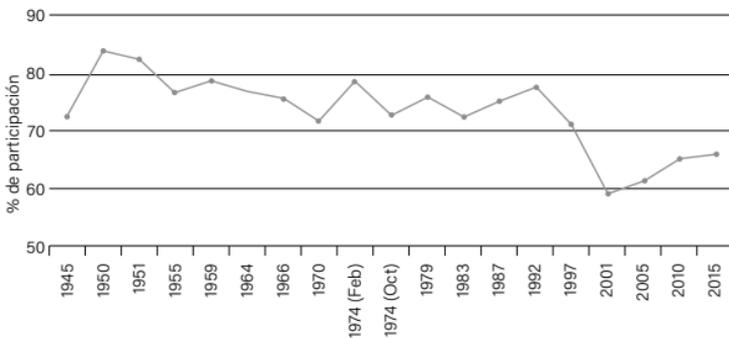
Considérense la dinámica y los resultados de sus elecciones generales de 2015. La elección programada llamó la atención global y se generaron muchísimos comentarios en temas tales como el rompimiento de Bretaña, su posible salida de la Unión Europea y el funesto fracaso del Partido Laborista en los sectores de la clase media convencidos

³⁴ Wolfgang Merkel, “Is capitalism compatible with democracy?”, en *Zeitschrift für Vergleichende Politikwissenschaft*, vol. 8 (2), 2014, pp. 109-128.

de que no hay alternativa ante las mezquinas políticas drásticas de austeridad. La elección de 2015 fue un acontecimiento mediático extraordinario. Durante unos días, incluso hubo un intenso debate en torno a las fallas del sistema electoral de mayoría simple que otorgaba sólo un sitio al UKIP (Partido de la Independencia), que obtuvo 3.8 millones de votos, y uno a los Verdes, que obtuvo 1.1 millones.

Participación de votantes, Elecciones generales del Reino Unido (1950-2015)

Información política del Reino Unido



Por otra parte, hubo pocos juicios de los medios con respecto a los mares de descontento público en los que navega la nave de Westminster y sus elecciones parlamentarias. Durante los días que siguieron a la elección, por ejemplo,

no hubo comentarios en la prensa británica sobre la baja constante de votantes desde 1950 (ahora el Reino Unido ocupa el sitio 76 en la clasificación mundial de votantes). No hubo análisis mediáticos importantes sobre el número de ciudadanos que realmente votaron por el regreso del gobierno conservador ahora beneficiado (gracias al sistema electoral de mayoría simple) con una mayoría absoluta en la Cámara de los Comunes. Las estadísticas reflejaron un malestar general: con una asistencia electoral general del 66.1%, sólo 24.4% de los ciudadanos adultos realmente emitieron su voto por el nuevo gobierno conservador.

Estas cifras fueron ignoradas por reporteros y comentaristas públicos. Algunos manifestaron su pesar por la manera en que las televisoras exitosamente lograron una cobertura de competencia, por ejemplo, dando demasiada importancia a qué tan cerca iban los conservadores de los laboristas, a por qué la coalición de laboristas y el Partido Nacional Escocés era una posibilidad real y a si un gobierno así podría o no manejar una economía estancada. Otros comentaristas no dejaron de hablar de los resultados sorprendentes y por qué habían sido así o hicieron notar el final de la Ley Duverger que señala que los sistemas de mayoría simple típicamente producen sistemas de dos

partidos. En estos reportes ni siquiera se mencionaban las diferentes maneras en las que, lento pero seguro, la democracia electoral británica está caminando hacia atrás, hacia una versión del siglo XXI de la política de finales del siglo XVIII. Esta analogía es deliberadamente provocadora, pero funciona para destacar cómo la política parlamentaria actual está llegando a ser dominada por hechos del siglo XVIII tales como la captura del gobierno por parte de los ricos, el debilitamiento de las fuerzas parlamentarias independientes y el casi colapso de los partidos políticos con integrantes provenientes de las masas. La tendencia regresiva incluye también cortes a los apoyos al bienestar social y servicios urbanos para la gente permanentemente pobre (uno de cada cinco pobladores del Reino Unido, 13 millones de personas, viven ahora debajo del indicador oficial de pobreza). Las elecciones, que parecen más bien plebiscitos que emplean fondos estatales para conseguir votos, la generalización de la burla pública y el descontento con la política de medidas rígidas apegadas a la ley diseñadas para espiar y controlar "actividades dañinas", contribuyen también a este retroceso. Exagerando sólo un poco, puede decirse que si no se restringen o revierten estas tendencias, se apunta hacia un mundo futuro dirigido por una clase política que sigue el consejo que dio Vilfredo Pareto a Benito Mussolini: para estabilizar el sistema de propiedad

y reforzar el poder del Estado, recomendaba camuflar el poder de tomar decisiones respecto de las elecciones y el parlamento a los cerrados círculos de las "élites", y hacerlo mediante la promoción de parlamentos menores que manipulen los sentimientos democráticos de las masas dándoles la ilusión de participar en el poder del Estado.³⁵

³⁵ Vilfredo Federico Damaso Pareto, *The Transformation of Democracy*, New Brunswick, Transaction Books, 1984.

Elecciones sin democracia

La sensación de que las elecciones son manipulaciones rituales que los ricos poderosos hacen de quienes no tienen el poder, alcanza su peor momento en el fenómeno del *despotismo electoral*.³⁶ En países como Rusia y Vietnam, en la región del Golfo, Asia Central y en otras partes en donde gobiernan oligarcas, se usan las elecciones periódicas como instrumento para consolidar y legitimar su gobierno. Estos despotismos son exclusivos del siglo XXI. No son democracias fallidas, ni casas de medio camino para llegar a la democracia; no son “democracias defectuosas” o “democracias delegativas” (O’Donnell) a las que les faltan controles y balances, ni “democracias intolerantes” (Zakaria) que no logran sostener el gobierno de la ley. No están en medio, no son “regímenes híbridos” (Diamond) ni “semidemocracias”, ni “regímenes semiautoritarios”

³⁶ John Keane, *The New Despotisms*, Londres, 2018, de próxima aparición.

o “semidictaduras”, tampoco los opuestos absolutos de la “democracia liberal” (Fukuyama). Son algo diferente, innovador. Los nuevos despotismos son oligarquías sagaces, saturadas de medios, respaldadas por enormes concentraciones de riqueza en muy pocas manos. Sus oligarcas gobiernan con la ley en la mano y recurren cuando es necesario a la violencia irrestricta y al terror dirigido. No obstante, los nuevos despotismos son muy diferentes de los dictadores a la antigua. Son una forma muy moderna de poder manipulador, un nuevo tipo de régimen político que se las arregla para hacer algo que muchos observadores consideraban imposible: los nuevos despotismos se ganan el afecto y el apoyo bien programado de sus sujetos, no sólo a través de la promoción del crecimiento económico y el bienestar general, sino también mediante experimentos de técnicas “democráticas” verticales de gobierno consensual, incluyendo elecciones actuadas.

Los nuevos despotismos se pueden describir como regímenes que practican *elecciones sin democracia*. Regímenes antidemocráticos previos, por ejemplo en Sudáfrica, aprovechaban las elecciones; los despotismos de nuestro tiempo lo hacen diferente, de formas más sofisticadas. Desde Bielorrusia a Azerbaiyán, Hanói y Kuala Lumpur, los despotismos adoptan aspectos institucionales de democracia electoral garantizando el derecho al voto universal

(las pocas excepciones incluyen a los Emiratos Árabes, donde las mujeres no pueden votar). Estos regímenes ofrecen a un número selecto de candidatos la posibilidad de un mejor puesto, someten la cabeza del gobierno a la confirmación electoral y permiten cierto nivel de competencia de múltiples partidos. Los despotismos también perfeccionan las oscuras artes de la manipulación. Son una prueba de que las elecciones pueden ser instrumentos funcionales de un gobierno vertical, excluyen a los candidatos que consideran indeseables, compran votos e intimidan a los votantes. Organizan acontecimientos mediáticos sensacionales, redistribuyen las circunscripciones electorales para obtener ventajas, alteran los listados electorales, no cuentan y desaparecen boletas electorales.

¿Por qué los despotismos se molestan en adoptar esas prácticas? Es equivocado suponer que los gobernantes déspotas están desconectados de la realidad, o que viven en un estado permanente de negación, o que las elecciones a las que acceden son únicamente plebiscitos propagandísticos. Las elecciones son herramientas de gobierno mucho más útiles. Permiten a los inconformes con la jerarquía gubernamental un cierto margen de maniobra. Las competencias electorales pueden ayudar a establecer registros, a resolver disputas y ofrecer opciones de salida a bajo costo a los políticos inconformes con el régimen.

Las elecciones pueden crear oportunidades para encontrar talentos nuevos (es decir, construir cómplices de poder). Distribuyen patrocínios entre apoyadores (potenciales) y funcionan como detectores oportunos de amenazas de descontento y oposición. Las elecciones pueden ser un medio eficiente para poner a los partidos de la oposición en problemas: su derrota casi segura representa una pérdida de moral y un alto riesgo de desintegración. Las elecciones también tienen el efecto de reforzar la legitimidad de los sultanes que gobiernan desde sus sedes de alto poder. La teatralidad de las elecciones es una impresionante celebración del enorme poder del régimen. Incluso pueden ofrecer a quienes participan la oportunidad de comportarse como si realmente creyeran en el régimen, a través de algo parecido a un "contrato de elección".

Por supuesto que actuar unas elecciones puede ser riesgoso. Cuando los gobernantes déspotas llevan a cabo elecciones, esperan ganar. Pero les puede salir mal, como sucedió espectacularmente en Irán en 2009. Entonces los déspotas recurren a la práctica del "robo de elecciones". Una vez que el resto sale mal, con una lluvia de balas y macanas, la última palabra la tienen la policía y el ejército. El ejercicio de la democracia electoral llega a significar, entonces, la golpiza del pueblo por parte de los gobernantes del pueblo en nombre del bien del pueblo.

¿Las elecciones tienen futuro?

Todas estas tendencias posteriores a 1945 (que van desde el hecho de que unas elecciones libres y justas no se hayan arraigado en suelo nacional, la desilusión de las elecciones y el crecimiento de la democracia de monitorización, hasta las rebeliones electorales y la política de ruido, la contaminación de las elecciones generales por los grandes capitales y los cabilderos corporativos, la superación de las funciones del Estado por mecanismos de “gobernabilidad”, las cadenas de poder transfronterizas y actores poderosos estatales y de mercado, además del surgimiento del despotismo electoral) son amenazas claras y reales a los ideales y la esencia de la democracia electoral y a la ortodoxia que ha surgido en torno a ella.

Presionados por estas tendencias, el aura, la pasión y la finalidad funcional que acompañaron a las luchas históricas posteriores a 1789 de “una persona, un voto” parecen estar

muriendo, o en algunos contextos ya están muertas. Las elecciones están perdiendo la relevancia que tenían y esto da lugar a temas nuevos de importancia global. A pesar de la decreciente fuerza para determinar quién obtiene qué, dónde y cómo, ¿las elecciones generales con integridad tienen futuro? ¿todavía importan? Y, si importan, contra lo que se hubiera pensado, ¿su rejuvenecimiento y mejorada integridad se cuentan entre los nuevos imperativos fundamentales de nuestro tiempo? ¿O las elecciones generales están perdiendo lentamente su encanto como parte de la democracia? ¿Están quizá en fase terminal o, como sostienen David van Reybrouck y otros,³⁷ están destruyendo el espíritu y la esencia de la democracia? ¿La creencia general en la universalidad de las elecciones “libres y justas” es una ilusión de mediados del siglo XX con raíces del siglo XVIII, un dogma desgastado que ahora urgentemente necesita ser sustituido por ideas frescas e innovaciones democráticas adecuadas a nuestros tiempos?

Es difícil ofrecer respuestas convincentes a estas preguntas, quizá porque vistas en retrospectiva resultarán no ser las indicadas. No obstante, una cosa es segura: las diversas tendencias aquí exploradas conducen al mundo de las

³⁷ David van Reybrouck, *Tegen Verkiezingen*, Ámsterdam y Amberes, De Bezige Bij, 2013.

elecciones posterior a 1945 y a la política electoral a un futuro incierto. Esta dinámica puede tentar al lector a concluir que el análisis aquí ofrecido resulta confuso, ni a favor ni en contra de las elecciones y la política representativa, sino todo lo contrario. La controvertida ambivalencia es sólo una de las posibles reacciones a los múltiples y conflictuados desafíos que enfrentan las elecciones generales y, en términos normativos y estratégicos, no resulta de utilidad. Se necesita en cambio un análisis claro y razonado de las opciones futuras con las que cuenta el mundo del siglo XXI. Por lo menos se incluirían *tres posibles y controvertidos futuros*.

| **Contra las elecciones**

A este primer escenario lo apoyan intelectuales, periodistas, ONG, ciudadanos activistas y otros que están profundamente descontentos con la política electoral. Su *rechazo de las elecciones generales* los lleva a favorecer los boicots electorales, la "verdadera democracia", la política de ruido extraparlamentaria y otras formas de involucramiento directo de los ciudadanos en la vida pública. "Va a haber una revolución", dice el conductor británico Russell Brand, "De verdad va a pasar. No me cabe la menor duda. Es el final. Llegó el momento de despertar." Brand despotrica en contra de un sistema político que produce "una clase inferior desilusionada y abatida a la que se le ha quitado el derecho y no está siendo representada". La votación es una complicidad tácita con este sistema: "Yo digo que cuando haya una alternativa genuina, una opción genuina, entonces voten por ella. Pero mientras tanto, ¡uf!, no se

molesten. ¿Por qué fingir? ¿Por qué ser cómplices de esta ridícula ilusión?".³⁸

Las lágrimas de enojo por la desilusión ante la parafernalia de la democracia electoral son palpables. No obstante, el llamado a abandonar las elecciones y la estrategia política de hablar de las votaciones periódicas y los partidos políticos como el combustible fósil de la democracia contemporánea dan lugar a dos objeciones inmediatas. La más obvia es que cuando los ciudadanos dan la espalda a las elecciones y no ejercen su voto, en efecto pierden acceso potencial a los recursos estatales elementales como los ingresos por concepto de impuestos, el control de la política y la ley y la elaboración de una narrativa política vertical. La menos obvia es que el ataque neoanarquista de las elecciones alberga el principio de la *representación no elegida*, pero lo hace de manera muy secreta, sin reconocer claramente la base de su propia legitimidad o su potencial populista y demagógico.

El llamado a abandonar las elecciones atrae a aliados ajenos que incluyen a quienes defienden métodos del mundo imaginado de las asambleas democráticas de la antigua

³⁸ Entrevista de Jerey Paxman con Russell Brand en BBC Newsnight, 23 de octubre de 2013. En <http://goo.gl/8Qx4Gv>

Grecia. En este punto, las mejores alternativas contemplan asambleas de deliberación y la elección aleatoria por sorteo de quienes toman las decisiones. El historiador y escritor flamenco David van Reybrouck hace poco causó una impresión menor en los Países Bajos al insistir en que las democracias occidentales están sufriendo tanta fatiga electoral (la democracia electoral está “matando” a la democracia, según él) que lo que ahora se necesita es sustituir la selección ritual de los representantes del parlamento mediante una asamblea asignada. “La realidad de nuestras democracias desilusiona a la gente a una velocidad alarmante. Debemos asegurarnos de que la democracia no se desgaste”, dice convencido de que las elecciones son una razón de la parálisis de la democracia porque la democracia electoral es una contradicción en sus términos y en su práctica. La representación es, en esencia, un recurso aristocrático, una forma de delegar de acuerdo a la cual “la persona que emite su voto lo tira a la basura”. Desde su perspectiva neoclásica, las elecciones “no sólo están fuera de moda como procedimiento democrático, sino que nunca se pretendió que fueran democráticas. Las elecciones fueron inventadas para detener el peligro de la democracia”. De este supuesto se deriva que las elecciones periódicas no son más que fórmulas para la frustración periódica y la infelicidad entre los ciudadanos, cuya cura, concluye Van Reybrouck, es desproveer a las democracias

del fetichismo de las urnas electorales. “Tres mil años de experimentación con la democracia y sólo doscientos de jugar con las elecciones y, aun así, creemos que las elecciones son sagradas”, concluye. Como en realidad no hay nada sacrosanto en las elecciones ni en su principio de “una persona, un voto”, llegó el momento de albergar el principio alternativo de “una persona, una oportunidad”. Si la democracia es la lucha por la “distribución igualitaria de las oportunidades políticas”, entonces el sorteo, el muestreo aleatorio de las opiniones y las decisiones de los ciudadanos considerados como iguales son el camino hacia una política más democrática.³⁹

Van Reibrouck señala de manera contundente que el uso del sorteo en las democracias ya está bastante generalizado, por ejemplo, en la industria de las encuestas de opinión pública; su ataque hacia la psefocracia es con frecuencia profundo, especialmente al destacar los límites de las elecciones generales como recursos que producen conflictos y a la vez los resuelven. Está en lo cierto al destacar que la democracia es única entre las formas políticas en tanto celebra el conflicto como un proceso abierto de aprendizaje;

³⁹ David van Reybrouck, *Tegen verkiezingen*, Ámsterdam y Amberes, De Bezige Bij, 2013; y “On Democracy”, en Philippe Van Parijs et al., *The Malaise of Electoral Democracy and What to do About It*, Bruselas, Re-bel e-book 14, 2014, pp. 8-10.

que un mundo “en el que los conflictos constantemente se agrandan no es una democracia, es histeria”; y en que “aprender a vivir con el conflicto” mediante diversos medios para resolverlo, además de las elecciones, es de suma importancia para la supervivencia y florecimiento de cualquier acuerdo democrático. Sin embargo, su propuesta tiene debilidades sustanciales. Además de la dificultad estratégica de quién apoyará y pondrá en operación el sorteo en la democracia en la suficiente medida como para desplazar a las elecciones generales (dificultad que enfrentó G1000, una iniciativa de ciudadanos belgas fundada con donativos voluntarios y lanzada con su ayuda durante 2011), este abordaje tergiversa el proceso de representación que de ninguna manera es equivalente a desperdiciar los votos. La crítica de las elecciones minimiza las dificultades conceptuales y prácticas que surgen de una idea totalmente materialista del método del kleroterion para tomar decisiones que, en las asambleas de las democracias de la antigua Grecia se suponía era vigilado y determinado por la voluntad de los dioses. Ignora las ventajas funcionales de los líderes políticos inteligentes electos; en su falsedad sobre si las legislaturas electas debían sustituirse por un “parlamento de ciudadanos designados”, este abordaje alberga secretamente el principio de representación, sin reconocer abiertamente que lo está haciendo.

Tanto los ataques neanarquistas como los neoclásicos a la psefocracia ignoran también dos tendencias globales relacionadas con el campo contemporáneo de las elecciones. Una característica importante del periodo posterior a 1945 es la *geografía política cambiante de las elecciones*. Vivimos tiempos marcados por experimentos en las encuestas deliberativas, peticiones en línea, audiencias y clientes en áreas tales como escuelas, hospitales, fábricas, oficinas, aeropuertos y votaciones de entretenimiento en medios populares (piensen en la “clickocracia” del Festival de la Canción de Eurovisión). La abundancia comunicativa da lugar a la votación de la diáspora y a que las elecciones nacionales sean observadas por públicos regionales e internacionales. Las culturas de la votación se extienden por primera vez a escenarios que cruzan fronteras y que en otro momento estuvieron controlados por los imperios, estados y organizaciones empresariales. Las reglas del escrutinio público y el gobierno representativo se aplican a los trabajos internos de los crecientes números de organizaciones globales de gran escala, que incluyen la Organización Mundial de la Salud, la Organización Mundial del Comercio, la Organización Mundial del Antártico y el Comité Olímpico Internacional (COI) cuyos dirigentes cooptados se reúnen por lo menos una vez al año. Por ejemplo, la asamblea del COI está abierta a periodistas y tiene a su cargo los asuntos comunes del Comité, incluyendo

recomendaciones de nuevos integrantes, el monitoreo de los códigos de conducta de los integrantes actuales y el funcionamiento general del mismo.

Estas tendencias sugieren que presionar hacia la victoria en el campo de batalla de las elecciones tiene una enorme importancia en la vida de la gente y que mientras es cierto que las elecciones generales están perdiendo valor en el nivel territorial del Estado, las elecciones en general, de hecho, no están desapareciendo. Si hay algún movimiento, *es que la cultura de las elecciones se está expandiendo* hasta el punto en que *las elecciones nacionales están siendo rebasadas y sustituidas por múltiples tipos de elecciones en múltiples localidades*. Entre las importantes consecuencias de esta dinámica se encuentra una segunda tendencia empírica ignorada por los críticos de las elecciones más bien eurocentristas: *la creciente frecuencia de fundar elecciones en varios puntos de la superficie del planeta*. En 1945, después de varias décadas de fracasos de la mayoría de los experimentos en el terreno de la política electoral, sólo quedaban una docena de democracias en la Tierra. Desde entonces, a pesar de muchas altas y bajas, la democracia electoral se ha convertido en un fenómeno planetario. Se necesitan perspectivas de investigación frescas para que este enorme cambio tenga sentido; el lenguaje y las instituciones de las elecciones se

han arraigado en contextos geográficos tan diversos que se han invalidado varios supuestos fundamentales de la democracia electoral.⁴⁰ En la medida en que las elecciones se han difundido en el mundo, éste ha dejado su huella en ellas. Por ejemplo, ya entrado el siglo XX, los analistas de la democracia de la región del Atlántico suponían que los requisitos funcionales de la democracia electoral comprendían: (a) un estado territorial "soberano" que garantizara la seguridad física de una población residente de ciudadanos que vivían bajo el gobierno de un sistema de leyes; (b) una cultura política que favorecía mecanismos que se suponía que iban de acuerdo con la democracia: competencia entre partidos políticos, elecciones periódicas y un gobierno parlamentario y presidencial; (c) una infraestructura social homogénea de "identidad nacional" unida por un lenguaje común, costumbres comunes y un sentido de una historia compartida también común; y (d) una economía de mercado capaz de generar una riqueza que sacara a los ciudadanos de la pobreza y les garantizara un nivel de vida básico suficiente para permitirles interesarse en los asuntos públicos.

⁴⁰ John Keane, "Democracy: Twenty-First Century Horizons", en Zaheer Barber y Joseph M. Bryant (eds.), *Society, History and the Global Human Condition: Essays in Honor of Irving M. Zeitlin*, Nueva York y Toronto, Lexington Books, 2010, pp. 129-151.

India, Taiwán, Mongolia, Sudáfrica, Bután, Nepal y Tíbet son algunos casos anómalos que generan confusión en cuanto a varias suposiciones con respecto a la democracia electoral cuya *indigenización* ha ocasionado muchas prácticas nuevas relacionadas con las elecciones, tales como sitios reservados, cambios de partido, bancos de votos, competencias silenciosas de elecciones y votos como rituales solidarios. Sin duda, el trabajo realizado para fundar nuevas democracias electorales ha contribuido a mantener vivo el *placer de las elecciones fundadoras*. Durante casi todo el periodo posterior a 1945 y hasta la actualidad, las llamadas elecciones fundadoras se han vuelto un lugar común. Los académicos han tratado principalmente de definir su importancia en términos de su contribución a la "transición hacia la democracia". Desde este punto de vista, cuando después de un periodo de gobierno autoritario prolongado una elección fundadora prepara el camino para una sucesión de elecciones "libres y justas", se puede decir que una determinada política va sobre la vía rápida hacia una "democracia consolidada".

Este abordaje –y la primera opción de este análisis– sin duda minimiza el "espíritu" de las elecciones fundadoras: no sólo los alegres elogios y la euforia compartida de los ciudadanos que en público actúan como iguales, sino la

manera en que las elecciones son un momento especial dentro del proceso más profundo y más extenso de hacer condicionales y públicamente responsables a las relaciones de poder en un entorno determinado. También hay señales de que las elecciones fundadoras en este sentido no están limitadas a las “transiciones hacia la democracia”. El placer de la vigilancia del poder de las elecciones fundadoras puede aparecer en cualquier momento y en una diversidad de contextos, en ocasiones sin ninguna advertencia. Cuando esto pasa, las elecciones y su integridad no se pueden medir directamente a través de los resultados de las votaciones o las encuestas de opinión de los ciudadanos. Es necesario algo semejante a una antropología de las elecciones, aunque sea para entender un poco cómo funcionan a manera de rituales simbólicos. El punto que no advierten los críticos de las elecciones contemporáneas orientados hacia el aspecto utilitario, es que las elecciones fundadoras son momentos en los que millones de ciudadanos, con frecuencia por primera vez en su vida, experimentan la emoción de actuar juntos como iguales. Van a las casetas electorales como si dejaran atrás un infierno, en busca de un futuro en el que jefes y pordioseros ya no existan (evocando *An die Fraude* de Schiller [1795]), como si pudieran besar al mundo entero. Por esa razón, las elecciones fundadoras no son sólo ejemplos de

cálculos utilitarios. Son actuaciones públicas en las que el acto de votar parece un alegre carnaval de igualdad, un momento en el que el mundo está potencialmente de cabeza, una celebración de reunión de igualdad determinada por tradiciones antiguas, perspectivas actuales del mundo y visiones colectivas de la manera en que se puede organizar la política en el futuro.

¿Una renovación de las elecciones generales?

Se puede pensar en un segundo tipo de reacción a la corrupción y deterioro de las elecciones generales: el esfuerzo por *recapturar el espíritu fundador y el crecimiento del nivel de integridad* de las elecciones y sus procedimientos. Esta opción por lo general se presenta envuelta en denuncias con lenguaje altisonante del *status quo*, rechazos de los sistemas partidistas existentes (“la casta”) y objeciones enérgicas a la ineficacia de los parlamentos, especialmente la “alexitemia, la dificultad de los políticos para reconocer el sufrimiento de los otros”. En ocasiones hay llamados a una “revolución” a través de las elecciones, un dramático nuevo comienzo que pone a la “gente honesta en donde debería estar” en lugar de “los corruptos con su *champagne*, cenas y vibradores”, pues ellos ni siquiera se dan cuenta de que lo son.⁴¹

⁴¹ James Politi, “Lunch with the FT: Beppe Grillo”, en *Financial Times*, Londres, 17 de julio de 2015.

¿Qué se supone que hagamos ante reclamos tan directos? La historia importa, porque hemos visto que la pasión y el propósito que alimentaron las luchas históricas posteriores a 1789 en pos de “una persona, un voto” parecen estar agonizando o ya muertos. A pesar de las erupciones periódicas de entusiasmo de los votantes y la euforia de los medios, cuando se les mide en términos de su eficacia, las elecciones no son lo que solían ser. Entonces, de cierta manera nos sorprende que nuestros tiempos también estén marcados por el rechazo organizado de que las elecciones vacías tengan la delantera. No sólo hay señales de un renovado interés en volver a las elecciones “libres y justas”; se está trabajando en diferentes frentes para mejorar sus formas y conferirles un significado nuevo.⁴² Ahora es un lugar común jugar con los procedimientos y costumbres de las elecciones. Se trabaja en la remodelación de la fuerza de las legislaturas y las exigencias de un registro de votantes automático, del mismo día y universal. La corte ha lanzado acciones en contra de la manipulación de la circunscripción de los distritos electorales (un ejemplo es el caso actual ante la Suprema Corte de Estados Unidos, *Evenwel versus Abbott*, para decidir si en los ejercicios para reorganizar los distritos se deben contar todos los residentes

⁴² Richard L. Hasen, *The Voting Wars: 2000 to the Next Election Meltdown*, New Haven, Yale University Press, 2015.

o sólo los votantes potenciales). También hay peticiones de reducción de la edad para votar y de restricciones más severas con respecto al cabildeo, los financiamientos de campaña y la publicidad.

Se diseñaron éstas y otras medidas para contrarrestar la sensación de que las votaciones no tienen valor ("elecciones sin democracia"), para dar nueva vida al espíritu y sustancia de las elecciones. Esta segunda opción tiene mucho que enseñarnos sobre la corrupción de las elecciones generales de nuestros días y sobre posibles futuros alternativos de las elecciones. No obstante, también hace surgir la irritada pregunta política de si se pueden revivir los partidos políticos, o si se les puede dar más fuerza para que de nuevo funcionen como dinámicos y públicos partidistas comerciantes de los votos de los ciudadanos.

En su época de apogeo, como señaló Robert Michels en su obra clásica *Political Parties* de 1911, los partidos políticos eran poderosas máquinas de patrocinio en el terreno de las elecciones parlamentarias. Ofrecían a sus integrantes pagados y a sus patrocinadores importantes prestaciones: trabajo, apoyo financiero, educación, promesas de una persona, un voto, y acceso al poder del Estado y sus recursos. En la actualidad los partidos son siluetas fantasmales y a menudo corruptas de los seres que antes fueron, lo que da

lugar a una pregunta fundamental: dado que representar, presentar quejas y actuar en nombre de otros, siempre y cuando ellos den su consentimiento, es un aspecto imposible de erradicar y a menudo positivo de la vida política, y dado también que quienes se ven como futuros partidos políticos de una u otra manera seguirán siendo conductos indispensables de acceso a recursos estatales tales como ingresos por impuestos, poder para diseñar leyes y fuerzas políticas y militares, ¿qué clase de partido político tiene más posibilidades de éxito para obtener votos y atraer el apoyo de los ciudadanos durante las elecciones generales? ¿Las actuales revueltas de música ruidosa contra la representación parlamentaria significan el final de los esfuerzos por reconstruir partidos de masas? ¿Quizá los partidos adelgazados y más simples que usan tácticas multimedia y algoritmos de Google son más adecuados para hacer que volteen a verlos e inspirar a los corazones de los votantes y representen una alternativa viable del partido de miembros de las masas estudiado por Michels? O cuando todo esté dicho y hecho, ¿las formas de los partidos del siglo XXI estarán destinadas a parecer partidos de contabilidad (llamémoslos así)? ¿En el futuro habrá más de lo que tenemos ahora, de manera que los partidos organizados parezcan firmas de contadores bien asesorados y consejeros de impuestos hambrientos de hacer negocios? ¿Llegarán a parecer empresas menores con las

que los ciudadanos convenientemente tratan de vez en cuando, cuando surge la necesidad (elecciones), después fruncen la nariz antes de hacer lo que tienen que hacer (tratar con el Estado) para entregarles sus ganancias (emitiendo sus votos) y después retomar sus vidas cotidianas, con cierta distancia del sistema del partido, todo el tiempo quejándose de la conducta de los políticos, haciendo mofa y diciendo chistes sobre los rituales tristes y aburridos de todos los partidos, incluyendo aquél por el que acaban de votar?

La democracia de monitorización

En la actualidad hay pocas respuestas a estas exigentes preguntas políticas. Sin duda están poniendo a prueba la imaginación y capacidad de resolver de los partidos nuevos y los líderes públicos (entre ellos Syriza, Beppe Grillo, Ko Wen-Je, Podemos, Jeremy Corbyn y Mayawati) que han tratado arduamente en los años recientes de dar una vida fresca a la política electoral y recapturar el entusiasmo de las elecciones fundadoras mediante la experimentación con nuevas formas de partidos políticos. Por las diversas razones antes expuestas, no está claro si es viable un regreso directo a los partidos políticos de miembros de las masas. Tampoco está claro si es posible reconstruir a los partidos políticos y a los parlamentos con la fuerza suficiente para derribar la devaluación de las elecciones con poderes extraparlamentarios tales como el poder corporativo, los acuerdos de gobierno y las dinámicas transfronterizas. Quizá la debilidad más seria de esta segunda

opción es su aparentemente anticuada vinculación con la suposición ortodoxa de que las elecciones generales son la esencia fundamental de la democracia. A pesar de sus buenas intenciones, las luchas contemporáneas para remodelar las elecciones generales y hacerlas el eje de la democracia, se puede decir que hicieron una mala lectura del periodo posterior a 1945, probablemente en el punto en que están destinadas a arruinar las esperanzas y a desilusionar las expectativas de los ciudadanos y sus representantes. Por esta razón, otras fuerzas políticas ahora van detrás de una tercera opción: *la búsqueda activa de la democracia de monitorización*.

Este tercer camino al futuro reconoce que aunque *votar en las elecciones generales sigue siendo importante, se deben abandonar las ilusiones sobre su centralidad e importancia políticas*. Quienes apoyan la democracia de monitorización están de acuerdo en que los ciudadanos y sus representantes que dan la espalda a las elecciones, que siguen el camino neoanarquista o neoclásico, se arriesgan al lanzar armas que potencialmente ofrecen al débil un acceso más poderoso a los ingresos por impuestos, apoyo administrativo, medios para hacer leyes y aprobarlas y otros recursos vitales del poder del Estado. No obstante, cuando se trata de decidir quién obtiene qué, cuándo y cómo, quienes apoyan la democracia de monitorización dicen que otros

medios legítimos para controlar públicamente el poder arbitrario a menudo en la práctica se vuelven más importantes. El papel del Consejo Internacional de la Transportación Limpia al “descubrir” a la Volkswagen es un ejemplo de la democracia de monitorización en acción. Al provocar un acontecimiento en los medios que ya ha tenido un alto costo para la compañía, y seguramente lo tendrá en la corte durante muchos años, este organismo no gubernamental que antes era oscuro ha demostrado que la democracia es mucho más que unas elecciones generales periódicas. El asunto Volkswagen destaca que la política democrática de nuestro tiempo forma parte de un cambio histórico de largo plazo, se aleja del fetiche de las elecciones, los parlamentos y los políticos y va hacia el esfuerzo público de escudriñar y controlar los ejercicios arbitrarios de poder, en donde quiera que éstos ocurran, ya sea en los terrenos domésticos del gobierno, los mercados, la sociedad civil, o en ambientes transfronterizos.

En los tiempos de la democracia de monitorización, sostiene esta tercera perspectiva, la política de la actividad y representación ciudadanas no se puede confinar a las elecciones, partidos y parlamentos, esto es, a la política parlamentaria formal en el sentido más limitado. En oposición a los partidos políticos principales y a la política electoral, están surgiendo redes de vigilancia, comisiones de

integridad, cortes de activistas y otras formas de políticos de representación no elegidos, que no pertenecen a un partido y deben ser atendidas en el futuro, dicen los defensores de esta forma de democracia. Los mecanismos de monitorización se consideran adecuados para un mundo muy complejo en el que una cantidad importante de ciudadanos cree que no se puede confiar en los políticos y en el que a los gobiernos con frecuencia se les acusa de abuso de poder, de no tener buena comunicación con los ciudadanos o simplemente de no querer enfrentar sus preocupaciones y problemas. Al abordar estas preocupaciones, dicen los defensores de la democracia de monitorización, los mecanismos de escrutinio y de limitación del poder cumplen una diversidad de funciones. Rompen el encanto del principio del gobierno de la mayoría —la adoración de los números— asociado a la democracia representativa. Liberados también del mesurado cuidado y el doble discurso de los partidos políticos, los mecanismos de monitorización ofrecen una voz a las profundas preocupaciones de las minorías que se sienten fuera de las políticas oficiales. Algunos monitores, comisiones electorales y agencias de protección del consumidor, por ejemplo, usan su preciada “neutralidad” para proteger las reglas del juego de la democracia de predadores y enemigos. Otros hacen públicos asuntos de largo plazo que han sido abandonados o abordados de manera equivocada por la mentalidad de

corto plazo promovida por los ciclos electorales. También se destacan otros grupos y redes de monitoreo (las ocupaciones públicas son un ejemplo) por su evanescencia, en un mundo rápidamente cambiante, aparecen en escena, tocan sus tambores, se mueven como nómadas o se esfuman en el aire. El punto clave de los defensores de la democracia de monitorización con respecto a esos recursos es que al dar lugar a opiniones y formas de vida que la gente aprecia, a pesar de su rechazo o represión por parte de los partidos, parlamentos y gobiernos, los mecanismos de monitorización tienen el efecto combinado de autorizar a cuerpos no elegidos a elevar el nivel y la calidad del escrutinio público del poder, a menudo por primera vez en muchas áreas de la vida, incluyendo las cadenas de poder transfronterizo que operan debajo y más allá de las instituciones de los estados territoriales.

Vale la pena destacar que la perspectiva de la democracia de monitorización aquí descrita no se opone francamente a la política electoral; por el contrario, busca la posibilidad de hacer sinergias dinámicas entre las instituciones de monitorización y las elecciones, políticas, partidos y parlamentos. No obstante, debe mencionarse también que la perspectiva de la democracia de monitorización va más allá de las ideas de una alianza sana entre la autoridad electa y la no electa. Destaca la posibilidad de *expandir*

los principios y la práctica de la representación, por ejemplo extendiendo el voto a grupos de votantes a quienes antes se les había negado la entrada al terreno de la política electoral. *La concesión política del derecho a voto de nuestra biósfera* es quizá el punto más impactante y que tiene mayores consecuencias. La era de la democracia de monitorización ostenta diversas plataformas nuevas de monitoreo del poder que dejan espacio para la entrada de la "naturaleza" en la vida política. Lo más claro es que hay partidos políticos verdes y una conciencia ambiental de iniciativas de "democracia líquida" (como el Best Party en Islandia). Hay proyectos científicos de ciudadanos (el proyecto Open Air Laboratories, OPAL, en el Reino Unido es un ejemplo) y acuerdos globales, como el acuerdo de París y la Convención sobre la Diversidad Biológica. Se multiplican las audaces ocupaciones cívicas multimedia de operaciones mineras, megaproyectos y sitios de construcción. Hay grupos de reflexión verdes y academias verdes; nuevos géneros literarios que enfatizan la interdependencia de los humanos con el mundo natural y asambleas bioregionales, algunas de ellas con experiencia en el monitoreo de especies de peces, aves y otros animales con un alto índice de migración. Hay reuniones cumbre de vigilancia y, por primera vez en la historia de la democracia hay juicios legales ("la ley salvaje") y constituciones escritas (en Mongolia y Bután) que especifican que todo ciudadano es

apoderado de la biósfera, por lo tanto tiene la obligación de contribuir a la protección del ambiente natural contra todas las formas de degradación ecológica.

Todos estos mecanismos de vigilancia tienen una lógica y un ritmo que no corresponde a las elecciones generales, no obstante, al fomentar una conciencia crítica y respeto público por la biósfera, en efecto están dando a la "naturaleza" una voz pública en el proceso electoral, y de manera más general en la vida pública. Por supuesto, la naturaleza no puede hablar y actuar por sí misma, tampoco votar en ningún sentido humano. Nuestra biósfera ciertamente no puede gozar de un "derecho al voto"; para hacerlo (por definición) requeriría por lo menos observar un conjunto de obligaciones. Sin embargo, los mecanismos de monitoreo antes mencionados demuestran que en la práctica, a la naturaleza se le puede otorgar un voto en los asuntos humanos. Las formas nuevas de representación política de nuestra biósfera son medios por los cuales los humanos limitan y restringen su voluntad de dominar a la naturaleza ofreciendo públicamente proteger y nutrir a la naturaleza a la cual pertenecen. La representación es, en este sentido, una relación fiduciaria, es decir que depende de la confianza que merezca (del latín *fiduciarius* y de *fides*, que significa "fe"), es una forma de votación en la que a los ciudadanos y sus representantes se les otorga la confianza para hablar

y actuar a favor y en nombre de la naturaleza en circunstancias en las que ésta no se puede representar a sí misma.

Desde el punto de vista de la democracia de monitorización, dar voz a la naturaleza no es suponer que es un sustrato de la existencia humana fijo, inamovible para todo el tiempo e incontrovertido. La representación política no es imitación ni comunión con la naturaleza concebida como un fundamento inalterable que vincula a la tierra con los muertos y a los vivos con los no natos, como suponían los conservadores de principios de la Europa moderna. Los esfuerzos humanos por representar a la naturaleza políticamente invitan a la controversia pública, en torno de la naturaleza de la naturaleza y de las maneras en que ha cambiado a través del tiempo, no sólo de acuerdo a su propia dinámica endógena, sino también (y cada vez más) bajo el impacto de las formas predadoras de la interacción humana con los bioambientes en los que habitan los humanos. En resumen, la representación política de la biósfera no es otra forma más sutil y artera de dominio de la naturaleza. Más bien está conducida por la conciencia humana de que los juicios humanos sobre lo que es la naturaleza o en lo que se está *convirtiendo* son falibles, controvertibles y están sujetos a la revisión pública. La representación política de la naturaleza en las elecciones y más allá es una manera de monitoreo público de las actuales

relaciones desiguales de poder, no una fórmula para imaginar una paz perpetua en la que los humanos y la naturaleza se unen y se liberan al fin de problemas causados por la ignorancia, la incomprensión y la duda. Las luchas para extender el voto a la naturaleza tienen una lógica y fuerza distintas, dicen los defensores de la democracia de monitorización. Estas luchas del sufragio destacan los costos generados por la ignorancia pública de nuestro bioentorno. Llaman a los seres humanos a cuidarse a ellos y a sus sucesores, a poner atención a lo que le está pasando a la tierra, las plantas, los animales, ríos, manantiales, desiertos, lagos, aguas subterráneas, arrecifes y océanos y la calidad del aire. Estas nuevas luchas por el sufragio insisten en que algunas cosas no están a la venta y que el inocente apego de los seres humanos al “progreso histórico” y la “modernización” tiene que sustituirse por un sentido más prudente de un tiempo profundo que destaca la frágil complejidad de nuestra biósfera y sus múltiples ritmos. Estas luchas en ocasiones exigen un alto al “crecimiento” impulsado por el consumo; la mayoría de las veces requieren que las inversiones verdes disparen una nueva fase de expansión posterior al carbón. En todos lados interpretan la acumulación de disfunciones de nuestra biósfera como lunas malas, como advertencias de que a menos que los seres humanos cambien sus costumbres con respecto al mundo, las cosas pueden resultar mal, muy mal.

Al quitar el encanto de las elecciones, ampliar el sufragio y redefinir firmemente el papel de las autoridades no elegidas en condiciones democráticas, este tercer camino puede pretender ser una aportación original al imaginario político de la democracia. La perspectiva de la democracia de monitorización, dicen sus defensores, es mucho más que una visión. Se está convirtiendo en una realidad práctica, en una manera efectiva de permitir a los ciudadanos y a sus representantes enfrentar los golpes a la secrecía institucional, la incompetencia, corrupción, violencia e injusticia social. Quienes apoyan a la democracia de monitorización dicen que refuerza los *límites* contemporáneos de la política electoral. Es su manera de decir que más que atestiguar el final de la política electoral, o decir adiós a las votaciones, partidos y parlamentos, todas las democracias ahora enfrentan un *doble desafío democrático*. Por lo menos, la democracia de monitorización implica arduos intentos de dar vida a las elecciones, sin ilusiones, por ejemplo, ampliando el sufragio y construyendo partidos políticos nuevos que funcionen como representantes confiables de los deseos y necesidades de los ciudadanos considerados como iguales. Sin embargo, en la práctica, la perspectiva de la democracia de monitorización exige algo mucho más que este mínimo: conlleva luchas prolongadas potencialmente complementarias para impulsar más allá "del camino parlamentario", para extender los principios

del involucramiento y representación ciudadanos a todos los campos del poder en los que el gobierno arbitrario actualmente viola las normas democráticas y distorsiona y daña la vida de los ciudadanos y los ambientes de los que dependen profundamente.

Este doble desafío democrático planteado por la democracia de monitorización no tiene precedentes históricos. Su visión de un mundo democrático más allá de las elecciones libres y justas no cuenta con manuales de estrategia. Sin duda no goza de garantías de éxito. Luego entonces, ¿la democracia de monitorización es una alternativa políticamente viable al fetiche ciego actual de las elecciones, o es la cara amarga de la desilusión de sus ideales? ¿Cuáles son sus posibilidades de sobrevivencia o florecimiento futuros? Preguntemos a los historiadores del futuro.

| Sobre el autor

John Keane, politólogo australiano formado en las universidades de Adelaide, Toronto y Cambridge, es profesor de Teoría Política en la Universidad de Sídney, Australia, y en el WZB Berlin Social Science Center. Es director del Institute for Democracy and Human Rights y fundador del Centro para el Estudio de la Democracia.

Ha ocupado la prestigiosa Cátedra Kart Deutsch en Berlín y ha sido miembro del influyente Instituto para la Investigación de Políticas Públicas, en Londres. Fue galardonado con el Major Research Fellowship por parte de Leverhulme Trust. El *London Times* lo ha catalogado como uno de los principales pensadores y escritores políticos considerando su trabajo de "importancia mundial", mientras que la Comisión de Radiodifusión Australiana lo ha definido como "uno de los grandes intelectuales exportado desde Australia".

Entre sus publicaciones destacan: *Vida y muerte de la democracia*; *The Media and Democracy*; *Democracy and Media Decadence*; *Global Civil Society?*; *The Future of Representative Democracy* (con S. Alonso y W. Merkel, eds.), y *Violence and Democracy*.

Breve historia del futuro de las elecciones

se terminó de imprimir en noviembre de 2020 en Litográfica Ingramex, S.A. de C.V., Centeno 195, col. Valle del Sur, Alcaldía Iztapalapa, C.P. 09819, Ciudad de México.

Se utilizaron las familias tipográficas Adobe Acumin Pro, Slate Pro, Meta Pro y Seravek; papel Bond ahuesado cultural de 90 gramos y forros en cartulina Bristol de 240 gramos.

La edición consta de 1,000 ejemplares y estuvo al cuidado de la Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica del Instituto Nacional Electoral.

27

 **CONFERENCIAS
MAGISTRALES**



Consulta el catálogo
de publicaciones del INE

 **INE**
Instituto Nacional Electoral